

Un adiós sin adiós

En memoria de Valentina.

Al contemplar el horizonte,
la paz me inunda completa.
Te siento. Te pienso.
Es más fácil así:
sentirte y pensarte
que llorarte y llorarte.

Podría salir corriendo,
sin mirar atrás.
Podría dejarlo todo,
escapando de tu muerte,
escapando del dolor que siento.
Podría.

Podría huir a los acantilados de la muerte
buscando cómo encontrarte.
Y entonces,
siento cómo la rabia y la
desolación
se apoderan de todo mi interior.
Quiero gritar y gritar.
Quiero dejarlo todo

y dejar de respirar.
Dejar de respirar.

Solo te pido que me ayudes a entender,
por una vez,
que tu muerte no fue en vano.

Solo te pido
que me sostengas en tus manos
como lo hacías antes
con tu amor inquebrantable.



Merecía todo

Lo merecía todo y no lo creía.
Merecía esa luz que no sabía que tenía.
No pensaba, ni siquiera imaginaba
que todo estaba ahí, dentro de mí,
que podía regalarme todas las rosas
que en el mundo existieran y vivir.

No sabía que podía hacer lo que quería
y ser feliz.
No lo sabía.
Pensaba que era tarde
y me daba miedo levantarme.

Le grité a mi conciencia que sí podía,
que era merecedora de todo
lo que me quitaron y robaron.

Entonces dejé de arar
las tierras de sombras
y regresé más fuerte, más íntegra.
Regresé.



Huellas

Mientras caminaba
veía ese par de huellas que dejé,
huellas de dolor por los años que perdí,
por los años de miedo que viví sola y vacía,
hundida, sin saber qué hacer,
sin saber cómo encontrarme.

Vivía mirando mi vida perdida,
caminando sin rumbo,
pensando que moría.

Me extravíe en valles oscuros,
vivía sin respirar,
en valles de melancolía,
escuchando mi mente
saboteando mis pasos día con día.

Fueron años eternos
que hoy agradezco.
Hoy estoy aquí, de vuelta,
gracias a las huellas que dejé:
me encontré.